

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
17 de julio de 2016
Gén 18, 1-10 / Col 1, 2-28 / Lc 10, 38-42

Hoy, domingo de pleno verano, el evangelio nos ha dicho que Jesús quería descansar en casa de las hermanas Marta y María en una aldea llamada Betania. En una interpretación alegórica, esta casa de Betania representa la Iglesia y también a cada uno de nosotros. Marta y María pueden significar una misma persona en sus dos facetas de servir al Señor en la vida activa y de dedicarle tiempo en la oración.

Jesús visita la casa de Marta y María y las dos quieren tratarlo bien. Por tanto, este evangelio nos habla de lo importante que es recibir a Cristo y de que tenemos que asegurarnos de que le atendemos. Si no hacemos caso al Señor que nos visita, es fácil caer en la acción inútil. Sin oración, sin el trato con el Señor, la acción se vuelve peligrosa porque deja de ser movida por el amor a Dios. A veces nuestras ganas de hacer cosas e incluso de servir a los demás, nos puede agotar y tendemos a quitar tiempo a la oración. De aquí que Marta recrimine al Señor la actitud de María. Queremos hacer tantas cosas buenas, que acabamos olvidando la importancia de cuidar nuestra relación con Cristo, dando el primer lugar a lo que efectivamente es más importante en la vida, es decir, la escucha de la Palabra del Señor. Hacemos cosas por Él, pero las acabamos haciendo sin Él. Incluso, como parece que le pasa a Marta, podemos llegar a pensar que nuestra acción es más importante que nuestra relación con el Señor.

Y es aquí que el Señor dice: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; sólo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada». Jesús no hace ningún desprecio a la vida activa, ni mucho menos critica la generosa hospitalidad. El evangelio subraya claramente el hecho de que la única cosa verdaderamente necesaria es escuchar la Palabra del Señor; y el Señor en ese momento está allí, en casa, presente en la persona de Jesús. Todo lo demás pasará y se nos quitará; pero la Palabra de Dios es eterna y da sentido a nuestra actividad cotidiana.

Si aplicamos esta escena en nuestra vida, nos damos cuenta de que hagamos lo que hagamos hay que mantenerse en la presencia de Dios. Sin ella se pierde la paciencia, como le ocurre a Marta, y acabamos enfadándonos y enfrentándonos con Cristo.

Todavía podemos notar algo más viendo a María a los pies del Señor, escuchando su palabra. Para las almas que quieren adentrarse por caminos de más íntima oración y entrega a Dios, la soledad suele ser una fuente inagotable de afectos desordenados. No debemos llenar nuestras soledades de activismo, de cosas, de compensaciones o de alabanzas, sino de Dios, sólo de Dios, ya que las otras cosas, tarde o temprano, se agotan y se desvanecen, dejando el alma en una soledad aún más estrecha y triste.

Que María nos ayude a no depender del afecto desordenado a las cosas o personas que Dios pone en nuestro camino.